

Año LXXXI. urtea

278 - 2020

Septiembre-diciembre

Iraila-abendua



Príncipe de Viana

SEPARATA

Autobiografía de Gustav Henningesen

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXXI · n.º 278 · septiembre-diciembre de 2020
LXXXI. urtea · 278. zk. · 2020ko iraila-abendua

GUSTAV HENNINGSEN / MARISA REY-HENNINGSEN

Homenaje / Omenaldia

Ignacio Panizo (coord./koord.)

Vol. I. lib.

Preámbulo / Hitzaurrea

Rebeca Esnaola Bermejo 725

Presentación / Aurkezpena

Ignacio Panizo Santos 729

TRAYECTORIA VITAL E INTELECTUAL DE GUSTAV HENNINGSEN
Y MARISA REY-HENNINGSEN /
GUSTAV HENNINGSENEN ETA MARISA REY-HENNINGSENEN
BIZITZA ETA IBILBIDE INTELEKTUALA

Autobiografía de Gustav Henningsen 743

Autobibliografía de Gustav Henningsen 761

Bibliografía de Marisa Rey-Henningsen 781

Transcribiendo a Gustav y Marisa

Candela M. Camiño López 789

Gustav Henningsen, un encendido asombro ante la realidad

Mikel Azurmendi Inchausti 811

El danés peligroso. Semblante humano de Gustav Henningsen.

Evocación a cuatro manos

Jean Pierre Dedieu, Gunnar W. Knutsen 837

«Un danés peligroso» en los fondos del Archivo Histórico Nacional

Jaime Contreras Contreras 849

Sumario / Aurkibidea

Gustav Henningsen: del antropólogo al historiador (pasando por archivero)
Juan Ignacio Pulido Serrano 869

Gustav Henningsen y Marisa Rey-Henningsen, folcloristas daneses en Galicia, 1965-1977 (entre magnetófonos y cuentos matriarcales)
José Manuel Pedrosa Bartolomé 889

Marisa Rey-Henningsen y el arte de la traducción de la literatura danesa
José Luis Garrosa Gude 931

OBRA DISPERSA DE GUSTAV HENNINGSEN /
GUSTAV HENNINGSENEN OBRA BARREIATUA

Los documentos de Alonso de Salazar Frías. Una polémica sobre la brujería en España, 1610-1614
Gustav Henningsen 947

De la caza de brujas al culto de brujas
Gustav Henningsen 969

Archivos e historiografía de la Inquisición española
Gustav Henningsen 975

El síndrome de brujería infantil: el abuso infantil satánico contemporáneo y los procesos por brujería infantil de antaño
Gustav Henningsen 999

La brujería y la Inquisición
Gustav Henningsen 1013

Enciclopedia de la brujería
Gustav Henningsen 1033

El vuelo de las brujas y los inquisidores españoles o cómo explicar lo imposible
Gustav Henningsen 1055

Currículums 1077

Analytic Summary 1079

Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals 1085

Autobiografía de Gustav Henningsen

Gustav Henningsenen autobiografía

Gustav Henningsen's autobiography

DOI: <https://doi.org/10.35462/pv.278.2>

Publicamos la autobiografía que Gustav Henningsen escribió en danés con motivo de la concesión de la cruz de «caballero de Dannebrog» por la reina Margarita II de Dinamarca. Dicho texto se entregaba a la cancillería para conservarlo en su archivo. Una versión reducida fue publicada anteriormente en *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, n.º 17, 2010, pp. 423-441. El texto, redactado en origen el 29 de julio de 2002, fue posteriormente revisado y ampliado por Gustav Henningsen en Skovfryd, Lyngby (Dinamarca) el 7 de noviembre de 2005. [P. de V.].

Gustav Henningsenen autobiografia argitaratzen dugu hemen; danieraz idatzi zuen, Danimarkako Margrethe II.a erreginak «Dannebrog-eko zalduna»ren gurutzea eman zionean. Testu hori kantzilergoari ematen zitzaion artxiboan gordetzeko. Bertsio laburtu bat *Huarte de San Juan. Geografia eta Historia* aldizkarian argitaratu zen (17. zk., 2010, 423.-441. or.). Testua jatorriz 2002ko uztailaren 29an idatzia da, baina gero berrikusi eta luzatu egin zuen Gustav Henningsenek Skovfryd-en (Lyngby, Danimarka), 2005eko azaroaren 7an. [P. de V.].

We publish here the autobiography which Gustav Henningsen wrote in Danish on occasion of being awarded the cross of the Order of Dannebrog by Queen Margrethe II of Denmark. The text was presented to the chancellery to be kept in its archive. An abridged version has previously been published in the journal *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, No. 17, 2010, pp. 423-441. The text, originally written on 29 July 2002, was subsequently revised and extended by Gustav Henningsen in Skovfryd, Lyngby (Denmark) on 7 November 2005. [P. de V.].

1. CÓMO ME HICE INVESTIGADOR. 2. INTENTO DE UNA CARACTERÍSTICA PROPIA. 3. AUTOINVESTIGACIÓN Y RETOS ACADÉMICOS. 4. MI OCUPACIÓN EN EL INSTITUTO DE FOLCLORE DANÉS. 4. EL PILAR Y EL ARCO. 5. CONCLUSIÓN.

1. CÓMO ME HICE INVESTIGADOR

En este relato he decidido escribir sobre lo que no se puede leer en otros sitios: las personas y los momentos de mi vida que han tenido importancia en mi evolución. En educación primaria yo pertenecía al grupo de los torpes, porque era cohibido debido a una ligerísima dislexia. Para superarla, tomé clases con Theodor Lind, profesor de la Academia Sorana, que era nuestro vecino. En la secundaria la cosa empezó a mejorar, pero tardaba más en hacer los deberes que mis compañeros porque era lento y hablaba despacio, por lo que me pusieron el mote de «somnoliento». Cuando estaba de vacaciones en la casa de mis abuelos en Nybøllegaard o en casa de mis primos en Hvedholm me llamaban «el profesor» porque estaba bastante distraído y pasaba gran parte del tiempo leyendo libros. También me gustaba «debatir» con los mayores sobre emocionantes problemas filosóficos, desde la máquina de la eternidad al libre albedrío.

En el instituto elegí la rama de lenguas clásicas. Solo éramos trece en clase y también mejoró la situación, entre otras cosas con las asignaturas de griego y de conocimiento de la antigüedad con el profesor Henrik Haarløv, que acababa de volver de Francia, donde había estado discutiendo sobre el existencialismo en los bulevares parisinos. Era un maestro de las conversaciones platónicas. Bajo su enseñanza, las horas podían convertirse en puros simposios platónicos que duraban hasta que nuestro carismático profesor decía «telón» y con un gesto característico alzaba lentamente las manos, ligeramente dobladas, y las bajaba pasándolas por delante de su rostro. De Haarløv, con quien tuve contacto hasta su muerte, aprendí algo del auténtico simposio, algo que me sirvió de mucho como organizador de conferencias científicas. Pero volviendo a la época de Sorø, allí no había apenas nadie que pudiera imaginarse a mí en ese papel.

Fue únicamente mi madre quien me recordaba que yo había nacido un domingo y que por eso formaba parte de los especialmente afortunados. También me contó un episodio que sucedió durante mi bautizo en Slagelse, cuando se hicieron comentarios sobre mí, que estaba tumbado en la cuna. «Va a ser obispo», presagió una de las invitadas. «No, creo que va a ser poeta», replicó otra. Pero mi madre interrumpió la conversación: «Ya, si va a ser poeta que sea en su tiempo libre». Mi madre era hija de un hacendado y tenía los pies en la tierra. Mi padre era más veleidoso. Antes de que se casasen hizo sus pinitos como ganadero (criador de cerdos) en Argentina, pero cuando las cosas empeoraron a ir mal, mi padre regresó a Dinamarca y empezó a trabajar de inspector en una empresa de semillas y granos en la que tenía que ir a firmar contratos con las grandes haciendas en las que era muy apreciado. Lamentablemente, murió en 1941 y dejó a mi madre viuda con treinta y cinco años. Para ir tirando, mi madre puso en nuestra casa una pensión para alumnos de la Academia Sorana. De ese modo, crecimos en una gran familia donde siempre había compañeros de juegos.

Uno de ellos era Niels Toft Nielsen, que vivió un tiempo con nosotros. Se convirtió en uno de mis mejores amigos y esa amistad duró hasta su temprana muerte, cuando era delegado del Ministerio de Cultura. Ya de pequeño a Niels le interesaba la Historia, algo a lo que yo entonces era casi inmune; simplemente no entendía cómo alguien podía ocuparse de algo tan indiferente. Mis intereses iban más hacia la literatura y la música clásica y fueron potenciados en casa de mi tía paterna, gobernanta en Herlufsholm (un internado para hijos de personas nobles), donde pasé muchos fines de semana.

Mi madre era una persona extrovertida con una gran red social y también mantenía contacto con muchos amigos de juventud como, por ejemplo, el armador Amsing, con cuya esposa había ido a la escuela doméstica. En 1953, después de mi examen de bachillerato, tenía que seguir estudiando y ellos se dirigieron a mi madre para hablarle de la beca Peter y Emma Thomsen, a los cuales conocían, para que la solicitase. Mamá fue a hablar con el rector Bohn, que me había tenido como alumno en la clase de lengua. Me dio una buena recomendación y envié la solicitud.

Después de las vacaciones de verano, empecé a estudiar lengua danesa y cristianismo en la Universidad de Copenhague. En la primera época tuve que arreglármelas solo y alquilé una habitación en casa de la señora Hvidt, madre de Kristian Hvidt, que posteriormente fue bibliotecario del Parlamento. Durante el verano de 1954, mi madre vendió la parcela de Sorø y compró una casa en Copenhague. Así mi hermano, que había empezado como aprendiz en la industria naviera, y yo pudimos volver con nuestra madre, y ella continuó con la costumbre de tener la casa abierta para todos nuestros amigos, tal y como hacía en Sorø. Yo tenía la suerte de haber obtenido la beca y estuve percibiéndola hasta 1959, lo cual hizo que terminase mis estudios sin ninguna deuda.

Mi mejor amigo en aquellos años era Hans Stephensen, que después fue locutor de radio; hicimos juntos el examen preliminar de lengua. Otro buen amigo era Bengt Holbek, el folclorista. Era muy inteligente y dábamos largos paseos en los que manteníamos conversaciones profundas, pero hablaba como un libro, lo cual yo pensaba que tenía su explicación, ya que venía de una existencia solitaria como oficinista en una compañía

naviera y pasaba las horas muertas enterrado en libros. A comienzos de la primavera de 1956, Holbek y yo vimos en el pasillo del edificio principal de la Universidad un cartelito que anunciaba unas lecciones sobre narrativa popular a cargo de un tal Laurits Bødker. Decidimos ir y resultó ser un profesor fantástico, no solo con una enseñanza maravillosa y comprometida, también era capaz de infundir a sus alumnos inspiración y confianza en sí mismos. Bødker era licenciado en folclorismo por la Universidad de Lund (Suecia) y en aquel momento trabajaba en la Dansk Folkemindesamling (Instituto de Folclore Danés), donde tanto Holbek como yo pronto seríamos contratados como auxiliares.

Aquel verano yo había conocido a mi mujer, Marisa, una española que estaba de vacaciones en Dinamarca como *au pair* de una familia inglesa, pero ahora se había vuelto a Londres. Cuando se acercó la Navidad, mi tía, que entretanto se había jubilado y mudado a Charlottenlund, invitó a mi novia a pasar un mes en su casa. La intención, según admitió entonces, era que el invierno danés asustase a la elegida, pero cuando vio que íbamos en serio fue nuestra aliada más fiel. Poco después de Navidad, nos prometimos y el primero de mayo de 1957 celebramos nuestra boda.

En el segundo cuatrimestre yo había hecho el curso básico de español de Kirsten Schottländer, así que cuando fuimos a Madrid de luna de miel pude hacerme entender con su gran familia, sí, e incluso descifrar con dificultad un libro de cantos populares españoles (*El romancero español*). Al volver a casa, le tocaba a Marisa aprender mi lengua. Habíamos utilizado el inglés, pero ahora hablábamos en danés el mayor tiempo posible, y el resultado fue que lo aprendió tan bien que se convirtió en nuestro «idioma doméstico» y yo solo tenía ocasión de practicar mi español cuando estábamos con otra gente. Poco después de llegar, nos mudamos a la planta baja de la casa de mi madre, ya que se había quedado libre. Marisa consiguió trabajo como traductora en una empresa de seguros y yo proseguí mis estudios.

En 1959 escribí mi tesina de lengua sobre la caída en el olvido por parte de la tradición folclórica oral del Cancionero Popular danés *Hundredvisebogen*, de Anders Sørensen Vedel, una investigación que despertó el interés del bibliotecario Erik Dal y condujo a que yo, bajo su asesoramiento, escribiera un artículo sobre ese libro. Por iniciativa de Dal, habíamos reunido casi todos los ejemplares conservados por las bibliotecas nórdicas de la sala de lectura de la Biblioteca Real de Copenhague y allí pasé largas tardes de invierno con mi mujer, que me ayudó pacientemente a cotejar las diferentes ediciones. El resultado fue mi primer artículo, que apareció en la revista *Danske studier* [Estudios daneses] en 1959.

Entretanto, nos habíamos mudado a un piso del barrio de Christianshavn, y desde 1957 estuve contratado como auxiliar en Dansk Folkemindesamling, y, junto con Holbek y Iørn Piø, pasé a estudiar folclorismo, ya que, debido al cambio generacional de la plantilla del Instituto, había perspectivas de conseguir un puesto allí. En 1961, Piø se licenció y, en junio del año siguiente, Holbek y yo acabamos la carrera. Leímos el examen final el mismo día y mi tía cedió la casa para nuestra fiesta común de licenciatura y poco después nos hicieron un contrato fijo en el Dansk Folkemindesamling.

2. INTENTO DE UNA CARACTERÍSTICA PROPIA

«Denme los siete primeros años de la vida de una persona, *ahí* está todo», diría un conocido psicólogo. Esto debería aplicarse también a las características humanas. Déjenme intentar añadir algo: la lentitud, la mala memoria y un gran complejo de inferioridad. De esto último me curaron mi mujer y Bødker, y yo tenía claro que era innecesario presentarme al examen (yo estaba en plena publicación de artículos científicos), pero por suerte mi mujer me hizo cambiar de opinión. El problema con la mala memoria lo pude esquivar yendo a conferencias, en las que dependía más de la orientación y la madurez científica que de aprender de memoria toda la carrera, tal como se exigía en aquel entonces en los planes de estudios daneses. La lentitud nunca la he superado, pero, por suerte, en el ambiente del campo en el que llegué a trabajar la aceptaron. Como dijo mi colega Piø en la fiesta de mi sexagésimo cumpleaños citando una novela policiaca alemana: «er ist langsam, aber er ist gründlich»¹.

De los aspectos positivos que me ayudaron como investigador se puede mencionar mi curiosidad y naturaleza observadora, que vienen de muy atrás, la capacidad de entusiasmo, la intuición, la fantasía científica y el sentido de la estética, todo ello combinado con algo que no es una capacidad, sino un don: una suerte extraordinaria.

3. AUTOINVESTIGACIÓN Y RETOS ACADÉMICOS

Lo que tenía de especial la Folkemindesamling era que había un liderazgo colectivo. La tarea de dirigir el Instituto iba rotando, pero el «archivero administrador», que era el nombre del cargo, no tenía autoridad sobre el resto de los archiveros investigadores, como pasamos a llamarnos. Gracias a esa estructura, en el Instituto había unas condiciones extraordinarias para la investigación libre.

La descripción más correcta de mi carrera como investigador es «una serie de “aventuras amorosas” de mayor o menor duración». La mayoría comenzaban con el descubrimiento de una materia no investigada o encontrada en fuentes desconocidas. Mi primer campo de trabajo fueron los cuentos marineros, que despertaron interés en mí después de haber leído la ponencia de un simposio en el que un investigador estadounidense aseguraba que esta clase de cuentos (*tall tales*) eran un género típicamente americano. Aparte de Münchhausen no había podido encontrar un equivalente en las publicaciones folclóricas europeas.

Rápidamente quedó demostrado que en Europa también teníamos ese tipo de historias, pero nadie se había preocupado por recogerlas. En un primer momento dio para un artículo en una revista de navegación, *Skibet* [El Barco], donde contraataqué al investigador estadounidense y busqué historias de barcos para el Instituto. Esto dio como resultado más peticiones, entre ellas la del museo de Tønsberg, Noruega, donde

1 Es lento, pero minucioso.

contaban con una gran cantidad de historias marítimas que les habían enviado en relación con un concurso. Me dieron permiso para prestarle toda esa colección de historias a Copenhague. Resultaron ser una mina de oro, ya que, con la perspectiva de obtener un gran premio, los lobos de mar noruegos sacaron la pluma del tintero y, con una ortografía que se acercaba a la escritura fonética, confiaron sus historias al papel, fieles a ellas como si estuvieran habituados a contarlas en la realidad. Con este rico material escribí un artículo sobre la poética de los relatos fantásticos, *Kunsten at lyve lodret* [El arte de mentir perpendicularmente]. El artículo, que me llevó a la primera página de un periódico noruego (*Tid Avis*, 15-9-1961), apareció después en una revista estadounidense y despertó bastante interés. Aún dio para un par de artículos con los que me ganó un lugar en la *Enzyklopädie des Märchens*, pero en aquel momento hacía mucho que había desviado mi amor hacia otra materia.

En un viaje de investigación a Ærø, en 1960, descubrí por casualidad que, en esta isla, la creencia en brujas gozaba de una salud excelente. Mi mujer y yo estuvimos entrevistando en la trastienda de un estanco de Marstal al propietario y a su hermana sobre la superstición de los marineros cuando de repente dijeron que allí había mucha gente que creía en brujas. Por ejemplo, la esposa de un joven timonel a la que conocían no salía de casa con el carrito del niño sin poner bajo el colchón una bolsa con pan y sal porque si una bruja lo miraba y *estas cosas* no estaban ahí, el pequeño podía enfermar y morir. Gracias a mi antiguo jefe, Hans Ellekilde, conseguí el apoyo de mi Instituto para realizar más viajes a Ærø, pues allí estaba llevando a cabo un trabajo de campo sobre la creencia en brujas inspirada por el monográfico del antropólogo Evan Pritchard sobre la tribu africana de los azande.

En suma, me esforcé por romper el aislamiento en el que se encontraban en Dansk Folkemindedamling y, además, el folclorismo. Busqué al sociólogo Kaare Svalastoga, al etnógrafo Johannes Nicolaisen y al etnólogo Ole Højrup para discutir sobre el trabajo que hice en la isla de Ærø, pero debía convencer a Bødker, que insistía en que yo debía implicarme con el resto de material folclórico danés. Gracias a la intercesión de mi otro profesor, Axel Steensberg, por fin me dieron luz verde para escribir mi tesis de especialidad exclusivamente con base en mi trabajo de campo.

En mi *Strukturanalyse af heksetroen i et dansk kulturmiljø* [Análisis estructural de la creencia en brujas en un ambiente cultural danés], intenté, inspirado en la teoría lingüística de Hjelmslev, enfocar dicha creencia como sistema de normas de conducta y fe e investigar cómo se había desarrollado la vida de los desdichados a los que, sin tener la culpa, se había catalogado como brujos. Señalé también cómo las acusaciones de brujería, durante generaciones, se habían dirigido contra ciertas familias, «dinastías de brujas» imaginarias cuyo origen fui capaz de averiguar, combinando trabajo de campo e investigaciones de archivo, datándolas en el siglo XVIII. Debido a su contenido confidencial, la disertación, provisionalmente, no pudo publicarse; lo único que apareció fue un artículo de Poul Martinsen en el diario *Politiken* sobre el «catecismo» de la creencia en brujas que iba acompañado de un divertido dibujo de Bo Bojesen.

El año anterior, en diciembre de 1961, la Biblioteca Real había inaugurado una exposición organizada por Piø y por mí bajo el título *Heksetro og trolddom* [Creencia en brujas y hechizos]. El psicólogo Franz From, que a través de un conocido común había expresado su deseo de ver la exposición, apareció allí y yo hice de guía. Ese fue el inicio de un contacto académico y de una larga amistad.

Desde el otoño de 1962 hasta el final de 1963 cumplí el servicio militar, primero como recluta en Holbæk y después en la enfermería del cuartel de Svanemøllen, donde me dieron permiso para vivir en casa. En la primavera de 1964 suplí a Bødker en clase con una serie de ejercicios sobre mi libro. Sin embargo, sentía que a mí, que venía de un servicio militar embrutecedor, me costaba competir con las cabezas rápidas de los estudiantes que aparecían por mis clases. Fue la primera y la última vez que me dediqué a la enseñanza universitaria, aunque muchos años después me enteré de que mi curso había gustado bastante.

Aquella primavera planeé escribir la tesis doctoral sobre mis brujas. Inspirado por los estudios antropológicos sobre la brujería africana, quise desarrollar un estudio comparativo de tres ambientes «brujísticos» europeos: Dinamarca (*Ærø*), España e Irlanda. Aquel verano hice sondeos con vistas a un trabajo de campo en España. Originalmente me había decantado por el País Vasco y consulté con el experto en la materia, el etnólogo e historiador Julio Caro Baroja, a quien conocía de antes, pero me aconsejó que eligiera Galicia, donde la tradición estaba más viva.

Equipado con una grabadora Eltra que pesaba varios kilos, mi mujer y yo viajamos a Galicia. Juntos visitamos El Corpiño, un lugar de peregrinación de la provincia de Pontevedra donde se curaban las posesiones diabólicas. Conseguí hablar con un panadero de Órdenes que me invitó a visitarlo, así que después de que mi mujer se fuese a Madrid, donde habíamos dejado a nuestro hijo, volví a Galicia. Se quedó algo sorprendido al verme, pero por suerte su hijo, maestro de escuela, entendió perfectamente cuál era mi misión y me presentó a sus amigos y familiares de los alrededores, donde la población vivía de una manera muy primitiva. Después, con mi pesado equipaje, recorrí en tren toda la costa cantábrica hasta Vera de Bidasoa invitado por Caro Baroja, que tenía allí su residencia de verano y escuchó con gran interés mis grabaciones.

Pero el objetivo de la visita era otro: comprobar ciertas informaciones que Baroja había transmitido en su libro sobre «el mundo de las brujas», como la de que en el País Vasco aún se seguirían celebrando aquelarres. Algo así era contrario a todas las conclusiones a las que se había llegado en las investigaciones internacionales. Juntos visitamos a una de las fuentes de Baroja, un doctor de San Sebastián que tras una profunda reflexión pudo aclarar que *su* informante era un emigrante retornado de Sudamérica y que los «sabbat» de los caseríos vascos en los años veinte podían ser simples rituales de vudú. Durante esta visita a Vera, tuve un brevísimo encuentro con uno de los protegidos de Baroja, un joven antropólogo estadounidense llamado William Douglass. Desde entonces, esta relación me daría grandes alegrías.

Si puedo decir que soy discípulo de alguien, es de Caro Baroja. Su ya clásico *El mundo de las brujas* fue una especie de Biblia para mí desde su aparición en 1961. Y,

además, me llevó a mis otros dos «padres espirituales», el inglés E. Evans Pritchard, nombrado anteriormente, y el estadounidense Henry Charles Lea, al que volveremos más adelante.

A comienzos de 1965 visité al profesor Louis L. Hammerich, que fue presidente del llamado Consejo Folclorista (*Folkeminderåd*) y le presenté mi plan de solicitar una beca para el proyecto mencionado más arriba. La idea de Irlanda como tercer componente le atrajo mucho debido a su interés por la tradición celta. Sin embargo, para mí, Irlanda era más interesante por su parentesco cultural con el noroeste de España y por la extraña circunstancia de que casi no había habido procesos contra brujas. Presenté mi solicitud a la universidad por recomendación de Hammerich y del bibliotecario Palle Birkelund, que también era miembro del Consejo Folclorista y el resultado fue positivo: desde el primero de agosto de 1965 obtuve una beca de tres años, cuya supervisión corrió a cargo mi buen amigo Axel Steensberg.

A finales de agosto viajé a España con mi familia. Al principio, mi mujer se quedó en Madrid, en casa de sus padres, con nuestro hijo pequeño recién nacido. Yo fui a Pontevedra invitado por el antropólogo social Carmelo Lisón Tolosana y su esposa, Julia, que era inglesa. Lisón había trabajado por todas las provincias gallegas, pero ahora estaba terminando. Fue increíblemente instructivo acompañarlo por distintos pueblos que él había elegido para su investigación, ya que se había introducido en la cultura popular de Galicia desde la organización social a los rituales y el folclore y además era un entrevistador estupendo. Mejor presentación para mi trabajo no podía tener. Tras un tiempo en casa del matrimonio Lisón, me fui a Órdenes, donde años antes había hecho contactos y, después de haberle alquilado un piso al panadero, me bajé a Madrid para estar con mi familia.

Sobre el trabajo que hice en Galicia he escrito ampliamente en otros lugares, por tanto, podemos saltar hasta el primer descubrimiento que me hizo cambiar de planes. En el Archivo Histórico Nacional de Madrid encontré unos doscientos procesos contra brujas del Tribunal de la Inquisición de Galicia y quise dejar Irlanda y mi proyecto europeo para hacer una investigación comparativa de la brujería histórica y contemporánea dentro de la misma área geográfica. Para ello, conseguí la bendición de Hammerich, pero después de haber reunido las fuentes históricas, me vi obligado a cambiar de nuevo mis planes, puesto que tenía un fondo de archivo único: los informes del inquisidor Alonso de Salazar y Frías sobre las brujas vascas. Llevaban fuera del alcance de los investigadores desde principios de siglo, cuando Henry Charles Lea las usó para su *opus magnum* sobre la historia de la Inquisición española. Después de su traslado de Simancas a Madrid, nadie los había visto, ni siquiera Caro Baroja. La primera vez que tuve constancia de los informes de Salazar fue al leer el libro de Geoffrey Parrinder de 1958 sobre la creencia en Europa y África. Solo dedicaba una página a este tema, pero me fue suficiente para ver todo lo que podía ofrecer este material, pues al parecer este escéptico inquisidor, que ejerció a principios del siglo XVII, había llevado a cabo una modernísima investigación sobre brujas y había llegado a dudar de que la brujería existiera, algo totalmente inaudito en aquella época.

Cuando ya tuve confianza con la Sección de Inquisición del Archivo Histórico Nacional, a la vez que seguía con la investigación de Galicia, inicié la búsqueda de los papeles de Salazar, que debían de encontrarse en algún lugar de este archivo. Y un día de finales de 1967, encontré una caja de archivos que pesaba varios kilos y que no solo contenía los informes de Salazar, sino interrogatorios de casi dos mil «brujas» (la mayoría, niños) y, lo más importante, relacionadas con los ochenta revocantes, es decir, personas a las que se permitió abjurar de su fe. En este sentido también se les interrogó sobre los métodos que utilizaron con ellas para conseguir una confesión falsa. Dicho en pocas palabras, un material único.

El siguiente paso era escribir al profesor Hammerich, quien, a condición de que fuera mi elección definitiva, aceptó mi plan de tratar el tema de la gran persecución de brujas vascas a principios del siglo XVII. En este caso, también se trataba de un proyecto comparativo, sí, casi un laboratorio histórico. La persecución tuvo lugar a ambos lados de los Pirineos e incluyó a cientos de «brujas». Al norte de la frontera los tribunales seculares condenaron a la hoguera a cientos de personas; en el sur, donde al principio también se hicieron avances contra la supuesta «secta de brujas», gracias a Salazar y a otros escépticos fue haciéndose evidente que todo ese jaleo se debía a una falsa alarma. Para prevenirse de errores parecidos en el futuro, la Inquisición introdujo parámetros para identificar brujas tan estrictos que en la práctica se abolió la hoguera.

Solo me quedaban ocho meses de beca y los invertí, asistido por mi esposa y un cuñado que estudiaba derecho, en quitarle el polvo al archivo que contenía las fuentes de lo que sería mi tesis doctoral, en elaborar un informe sobre el hallazgo de los manuscritos y en preparar una versión española y una inglesa de los informes de Salazar. Ramón Paz, jefe del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, se ofreció a publicar la edición española, mientras que para la inglesa se puso a traducir los textos Julia McDonald, la esposa de Lisón.

A finales de agosto de 1968 volví a la Dansk Folkemindesamling, pero desde el primero de enero de 1969 pude disfrutar de una nueva beca universitaria trianual, primero con Steensberg como supervisor y, tras su salida en otoño de 1970, con Franz From. La primavera de 1969 la debía emplear en terminar mis compromisos para el libro de Steenberg *Dagligliv i Danmark* [La vida cotidiana en Dinamarca] al mismo tiempo que trabajaba en la edición de Salazar y transcribía el informe sobre los manuscritos encontrados para un artículo científico en inglés que salió publicado el mismo año en la revista *Temenos*.

En medio de todo, recibí una carta de Nevada University Press, donde trabajaba William Douglass, a quien conocí en casa de Baroja. A través de otro antropólogo estadounidense, Grant McCall, que en aquel momento estaba en Copenhague, había oído hablar de mi «manuscrito sobre las brujas vascas» y ambos querían publicarlo en su nueva serie de monográficos vascos. Por tanto, terminar con la edición de Salazar se convirtió en mi gran prioridad, pero contaba con poder acabarla en poco tiempo. La tesis, por contra, requería investigaciones suplementarias de archivos en Navarra y el sur de Francia, por lo que tuve que posponerla brevemente.

El 16 de octubre, mi familia y yo regresamos por fin a España, esta vez en coche y con el maletero lleno de libros, manuscritos y cajas llenas de ficheros. Cuando cruzamos la frontera por Irún a altas horas de la noche y los agentes vieron mis ficheros repletos de nombres vascos, desconfiaron. ¿Pensarían que yo tenía algo que ver con ETA? Aparentemente se tranquilizaron cuando les expliqué que se trataba de brujas vascas del siglo XVII sobre las que iba a escribir un libro. Me dejaron pasar con la alegría habitual, aunque con la condición de enviarles un ejemplar cuando saliera publicado. En Galicia, la Guardia Civil de Órdenes me citó después de llevar semanas recorriendo la zona cargado con grabadora y máquina de fotos. Querían saber qué hacía. Exceptuando estos dos episodios, no percibí nada del régimen de Franco durante mis dos estancias en España, pero en aquella época el control del Gobierno se había relajado. En la Universidad de Madrid se enseñaba historia de las revoluciones como si nada y en la librería había una gran selección de literatura marxista. Cuando hablaba con españoles podía criticar al régimen sin problemas, mientras que, a veces, cuando hablaba con daneses, paradójicamente me tocaba defenderlo, o, mejor dicho, corregir informaciones directamente falsas. Aunque a mí tampoco me gustaba el régimen de Franco, opinaba que tenía derecho a que hubiera información correcta.

Esta vez nos instalamos en Madrid, alquilamos un piso de un edificio de once pisos cerca del maravilloso parque del Retiro, el cual atravesaba paseando cuando tenía que ir al Archivo Histórico Nacional. En él conocí a historiadores de todo el mundo que venían movidos por un común interés científico. Los tres años de Madrid fueron una época feliz para mí y para mi familia. Los niños se lo pasaban en grande con sus numerosos primos y mi mujer y yo disfrutábamos saliendo a cenar con amigos o familia en las tibias noches madrileñas. La fuerte luz española siempre me dio una energía increíble, así que podía trasnochar sin problemas tras una larga jornada laboral y volver a levantarme temprano a la mañana siguiente. El colegio de los niños estaba al lado del edificio y, como venían a media pensión, había mucha tranquilidad en casa para trabajar y escribir. Por las mañanas solía dar un largo paseo por el campo que estaba en obras. Por el camino dejaba que los temas sobre los que iba a escribir pasaran por mi cabeza como una película que a la vuelta tenía que transportar al manuscrito. Había aceptado la máxima de Lea de tener una copia de todo el material antes de comenzar a escribir, pero para pasar al siguiente capítulo debía tener una visión general de mi libro y averiguar cómo tenía que cortarla. Muchas de mis ideas nacieron en la Puerta del Sol, a donde a veces llegaba caminando desde mi casa de la calle Pez Austral, allí había un bar que abría al amanecer.

Conforme terminaba los capítulos de mi introducción, se los mandaba a Franz From, catedrático de la Universidad de Copenhague, para que los revisase, y este a su vez se los reenviaba al sociólogo Verner Goldsmidt. Cuando From recibió los diez primeros capítulos, me respondió pidiendo que sopesase si en realidad no era una tesis lo que tenía entre manos. Quedaba tan poco tiempo que no vacilé en darle la razón y así llegué a escribir la mayor parte de la tesis sin darme cuenta, lo cual no la hizo empeorar.

En el transcurso del año 1971, terminé el manuscrito, que, tras su traducción al inglés y la elaboración de las notas, envié a la Universidad de Copenhague a principios

de 1973. Sin embargo, la impresión tuvo que esperar porque el manuscrito tenía que pasar un escrupuloso proceso de corrección por parte de la editorial Nevada University Press. Irónicamente, cuando *The Witches' Advocate* fue finalmente publicado en 1980, lo hizo sin los informes de Salazar. Para evitar una costosa edición con dos tomos, fueron descartados. En el prólogo a *The Salazar Documents*, de 2004, con textos en español e inglés, he expuesto ampliamente la complicada historia del nacimiento de esta edición. Pero todo el tiempo de espera mereció la pena. Debido a la gran cantidad de vascos que había en Nevada, se imprimió una tirada de tres mil ejemplares, una cantidad inusualmente alta para una tesis doctoral. En 1981 fui invitado a Estados Unidos a impartir una serie de conferencias, entre ellas una en la Biblioteca del Congreso. Dos años después volví, esta vez para la apertura de la exposición *Intolerance*, con acuarelas del artista mejicano José Luis Cuevas. Sus cuadros estaban inspirados en mi libro, *The Witches' Advocate*, del que había una gran reproducción al principio del catálogo de la exposición, y los títulos aludían a mis brujas vascas, sí, había cuatro cuadros con un título común: *Los papeles de Salazar #1-4*. Algunos aparecieron en la traducción sueca del libro, *Häxornas advokat*, de 1987.

A finales de 1971 expiró mi segunda beca universitaria, pero el Consejo danés de investigaciones humanísticas prolongó mi estancia durante siete meses y me concedió ayuda extraordinaria para iniciar un nuevo proyecto, esta vez sobre la geografía de las brujas en la España antigua. Todo apuntaba a que la persecución había estado limitada al norte de España, mientras que en el sur solo habían perseguido a curanderos y nigromantes. Nadie anteriormente se había interesado por esta curiosa frontera cultural a través de la España histórica y las opciones de investigación que presentaba. Desde mi trabajo con los procesos de Galicia también mostré dónde se podía encontrar el material para tales fines. Estaba en las llamadas «relaciones de causas», que eran informes sobre casos cerrados que los inquisidores mandaban cada año al Inquisidor General de Madrid. El problema era únicamente separar los procesos que estaban escondidos entre miles de casos del Santo Oficio. Para sortear esta montaña de información, inventé el «método de tipología criminal», una especie de estadística delictiva en la que se registran los casos según las categorías propias de la Inquisición: judíos, moros, protestantes, etcétera, y el grupo de «supersticiosos», en el que yo tenía especial interés.

Cuando mi asistente, el joven estudiante de Historia Jaime Contreras, y yo comenzamos el proyecto, no nos imaginábamos hasta qué punto el resultado iba a ser radicalmente distinto al planteamiento inicial, pero siete años después, cuando presentamos la primera estadística con la actividad de la Inquisición en todo el imperio español, basándonos en 44 000 sumarios, iniciamos un renacimiento de la investigación internacional sobre el Tribunal. Sucedió en 1978, durante un simposio en Skjoldenæsholm que posteriormente, en colaboración con el estadounidense John Tedeschi, fue publicado por Northern Illinois University Press (*The Inquisition in Early Modern Europe*, 1986). Este encuentro fue el primero de una larga serie de simposios y conferencias internacionales celebrados en España, Italia, Estados Unidos y Brasil. Dos años después, junto con otros investigadores de la European Science Foundation (ESF), con sede en Estrasburgo, me propuse crear un proyecto europeo sobre la Inquisición, pero con la condición de que los consejos de investigación de España e Italia cerrasen filas en torno a la idea. Por

iniciativa de la ESF, se celebró un encuentro a modo de sondeo en el Instituto Gulbenkian de París con los historiadores españoles e italianos, pero no estaban en absoluto interesados en una colaboración internacional.

En aquel momento, hacía mucho que la Inquisición se había convertido en algo «político», especialmente en España, pues, como expresó un historiador francés, un extranjero se había apropiado de un tema tan delicado para los españoles, «una catástrofe historiográfica». Baste decir que se referían a mí como «el danés» y a Jaime Contreras como «el danés segundo».

Pero el método de tipología criminal había pasado la prueba y los investigadores franceses y españoles lo hicieron suyo. En Dinamarca lo consideraron adecuado para el trabajo con archivos de jurisprudencia. Junto con los historiadores Ditlev Tamm y Jens Christian V. Johansen, publiqué un análisis tipológico-criminal de 16 000 juicios en el archivo nacional del norte de Jutlandia (*Fortid og nutid* [Pasado y presente], 1979). Al igual que con las relaciones de causas, conseguí que el Consejo de investigaciones se hiciera cargo de copiar todos los procesos jutlandeses que habíamos encontrado, y sobre la base de estas copias se escribió una serie de especiales históricos, la tesis doctoral de Johansen y mi libro *Heksejægeren på Rugård* [El cazabrujas de Rugård, 1991].

También antes de estas investigaciones hubo un florecimiento que, entre otras cosas, se tradujo en una serie de conferencias internacionales. Uno de los primeros de la lista fue el simposio de Estocolmo 1984, *Early Modern European Witchcraft*, que organicé en colaboración con el historiador Bengt Ankarloo y que publicamos primero en sueco y después en inglés con Oxford University Press. Mi contribución fue un artículo sobre mi último «enamoramiento»: *The ladies from outside*, un estudio sobre los procesos sicilianos juzgados por la Inquisición. Estos casos en realidad se trataban de «brujas buenas», una especie de curanderas que, en sueños o en una especie de trance, se encontraban con las hadas en su «sabbat blanco» (como lo bauticé en contraposición al detestable sabbat negro de las brujas), donde comían, bailaban y retozaban con las hadas para poder curar a sus pacientes. Los inquisidores las llamaron brujas, pero no consiguieron convencer de su maldad a la población, ya que los sicilianos amaban a estas voladoras nocturnas y las visitaban incluso en la cárcel de la Inquisición.

Mi investigación siciliana se basó exclusivamente en la colección de copias que reuní para el estudio de la geografía de la creencia. Otra ramificación del proyecto de las relaciones de causas era un artículo en *Festskrift til Niels Steensgaard* [Homenaje a Niels Steensgaard, 1992] sobre la expansión de la magia europea a la América colonial. Entre los que han gozado de este registro se puede nombrar al historiador noruego Gunnar Knutsen, que en 2004 escribió su tesis sobre la diferencia entre Cataluña, que estaba plagada de brujas, y la provincia de Valencia, libre de ellas, y al estadounidense William Monter, con su libro de 1990 sobre la Inquisición en las regiones fronterizas de España. En la dedicatoria del libro, que me entregó personalmente en una visita a Copenhague aquel mismo año, escribió: «You remain the godfather of all who have done truly serious work on the Santo Oficio since 1971, when the relaciones de causas were rediscovered».

Mi última «obsesión» fueron los brujos infantiles modernos, la infinita serie de falsos casos de pedofilia que se extendió desde Estados Unidos a Europa a finales del siglo XX. Lo que me interesó fue los muchos paralelismos con los procesos contra brujas vascas a comienzos del siglo XVII. Ahora se sustituyen a los inquisidores por asesores sociales y psicoterapeutas y en vez de buscar marcas de bruja se buscaban marcas rojas en las partes bajas de los niños, pero el proceso fue el mismo y los denunciados no tuvieron ni una sola oportunidad. Fue la periodista científica sueca Lillian Öhrström quien me hizo ver la similitud con el caso vasco, sobre el cual había leído gracias a mí. Todo esto dio lugar a que me invitasen a la reunión anual de psiquiatras forenses ingleses y que mi discurso sobre *The child witch syndrome* fuera publicado en la revista *Journal of Forensic Psychiatry* en 1996.

La guinda del pastel fue cuando en 1998 me invitaron al simposio del Vaticano relacionado con el examen de conciencia de la Iglesia católica previo al cambio de siglo. Me cayó en suerte hablar sobre la Inquisición y las brujas, pero tras la investigación de los últimos años, este capítulo, antes tan desagradable, se convirtió en un cuento de color de rosa. Como obsequio, me llevé a casa la bendición papal para toda mi familia católica. Aunque yo soy luterano, el encuentro con Juan Pablo II me dejó una profunda huella, pues nunca he conocido a ninguna persona con una presencia tan fuerte al aparecer en escena.

Sin embargo, la experiencia más aventurera que me han dado «las brujas» es un viaje en la primavera de 2005 al País Vasco con Jean Guillou y un equipo de la televisión sueca. Juntos visitamos Zugarramurdi y la cueva donde se creía que celebraban los aquelarres, Logroño, donde quemaron a algunas brujas, y Madrid, desde donde el Gran Inquisidor, a instancia de Salazar, hizo cesar la caza de brujas vasca.

4. MI OCUPACIÓN EN EL INSTITUTO DE FOLCLORE DANÉS

Cuando me reincorporé definitivamente a Dansk Folkemindesamling, contribuí a evitar que dicho Instituto fuera trasladada a Ribe. La idea partió del entonces ministro de cultura Julius Bomholt. Al socaire de los planes de fundar una universidad, pensaba que sería un buen primer paso trasladar allí nuestra institución. Tanto Piø como nuestro consultor de ciencias musicales, el profesor Niels Schiørring, escribieron artículos en periódicos mostrándose en contra de este, en nuestra opinión, arriesgado plan. Yo mismo escribí una crónica en el diario *Jyllandsposten* donde declaraba mi voluntad de ir a Ribe con el Instituto en caso de que los planes de la universidad llegaran a buen puerto. En este sentido, describí erróneamente Ribe como algo parecido a mi ciudad natal, rodeada de bosques frondosos, por lo que recibí muchos reproches.

Pero lo que frustró el plan del ministro fue una crítica provocada desde otro lugar. Cuando le hablé de nuestro apuro a un buen amigo de mi familia, Verner Henriques, que era miembro de Det Radikale Venstre, el partido social-liberal, me contó que el entonces ministro de educación, Kristen Helveg Petersen, del mismo partido, no era muy amigo de Bomholt. Con este consejo, el Instituto creó una delegación compuesta por

Schiørring y el director de la Biblioteca Real, que fueron a hablar con Helveg Petersen y le expusieron la situación. Este, que no estaba en absoluto seguro de que Ribe fuera a ser la siguiente ciudad universitaria, dijo: «pero si eso es una estupidez» (o algo parecido). Lo que pasó después en los pasillos de las altas instancias lo ignoro, pero, en cualquier caso, el plan de trasladar el Instituto quedó archivado.

En el Instituto, mi especialidad eran las creencias populares y mi área de responsabilidad el archivo fotográfico. Mi investigación al frente de la dirección artística ha tenido lugar mayormente en alguna de estas dos áreas. Por ejemplo, el artículo *Fotografiet i folkemindeforskningen* [La fotografía en la investigación folclórica, 1990], la publicación en microfichas de la enorme colección de notas de H. F. Feilberg con referencias de literatura folclórica de todos los países del mundo (1992) y una edición en internet de las fuentes de las fábulas populares de Svend Grundtvig, que ahora están en la página web del Instituto. Dignas de mención son también una emisión radiofónica sobre supersticiosos (*De overtroiske mennesker*, 21/06/1964) y una conferencia nórdica sobre problemas y métodos relacionados con la recopilación de creencias populares contemporáneas (*Problemer og metoder i forbindelse med indsamling af nutidig folketro*, 1965), ambas en colaboración con Piø; el simposio radiofónico *Frygten for de anderledes* [Miedo a los diferentes] sobre la persecución a brujas, la caza de herejes y otros medios de discriminación (12/06/1969); la exposición *Det farlige liv* [La vida peligrosa], en coordinación con el Museo Nacional (1978) y el curso de investigación histórico-etnológica en Schæffergården, del 30 de agosto al 5 de septiembre de 1980 con Bjarne Stoklund y Palle O. Christiansen como coorganizadores (reorganizado en la Universidad de Umeå (Suecia) del primero al 5 de diciembre y un año después en el centro universitario de Ålborg, el 13 y el 14 de mayo de 1981, en colaboración con Piø).

Todo esto se puede leer en mi biografía de la página web de la Folkemindesamling. Lo que no se puede leer en otros lugares es la historia de «la ola del milenio» y la concesión extraordinaria de un millón de coronas (más de 130 000 euros) que estaba consiguiendo para el Instituto. Tampoco se pueden encontrar las historias que hay tras los cuatro saltos de calidad de nuestras colecciones, en los que yo estuve especialmente involucrado. Se trata de los siguientes:

- *La colección de kistebilleder*² [estampas decorativas] de Jørgen Fønss. En 1989 murió el coleccionista y especialista en artes gráficas populares V. E. Clausen, y sus herederos se dirigieron a nosotros para vender su enorme colección. El precio era de aproximadamente veinte mil euros, pero el Instituto creía no poder afrontar el coste por sí solo e incorporó a las negociaciones al departamento tercero del Museo Nacional, pero el director solamente estaba interesado en aquellas hojas que el museo no poseía. Sin embargo, esto agotó la paciencia de los herederos, así que comenzaron a buscar otro comprador. Desde el Instituto, Piø y yo

2 Imágenes sobre tapas de cajas de madera. Datan de la Edad Media al siglo XIX y plasman escenas religiosas e históricas, retratos con escenas satíricas, fantasiosas y didácticas o escenas del día a día, a menudo acompañadas de un breve texto.

nos pusimos a mirar dónde podíamos conseguir los medios necesarios para así poder adquirir toda la colección, pero no tuvimos suerte. Pasado mucho tiempo, un buen amigo me confió que quizá la Fundación Ny Carlsberg podría ser una opción, por lo que nos reunimos con ellos. Entre tanto, yo había contactado con otro gran coleccionista privado, el actor Jørgen Fønss, al que fui a ver a su casa de Aarhus. Un tiempo después llegó una respuesta positiva a nuestra solicitud, pero ya se había vendido la colección de Clausen a un comprador extranjero, lo cual fue una especie de catástrofe nacional. Así pues, me volví a poner en contacto con Fønss, que estaba dispuesto a vender por el mismo precio, y, después de que desde la Fundación Ny Carlsberg dieran el visto bueno a la transacción, organicé una exposición de las magníficas páginas de Fønss en el centro histórico de Odense. La colección de Clausen también estuvo representada con un par de reproducciones. Resultó que esta se había quedado en el museo del Palacio de Gottorp, en Schleswig, y llegué a un acuerdo para que el Instituto obtuviera diapositivas a color de todas las páginas de Clausen a cambio de que ellos recibieran las de Fønss. De aquella manera acabamos teniendo la colección de *kistebilleder* más completa de Dinamarca.

- *La colección de Kloge Søren, los libros y recetas mágicas de una curandera.* Esta colección se la compramos a Minna Porter, hija de Petra Mosegaard, sucesora de Kloge Søren, a quien visité durante mi investigación en la isla de Ærø. También me prestaron muchos Cyprianus de Søren para fotografiarlos, pero la amistad terminó bruscamente por un artículo de la revista *Billedbladet* que a Petra se le atragantó. Una vecina lo vio y le dijo: «anda, si sales en el periódico». El artículo trataba sobre familias de brujas sin nombrar el lugar donde se encontraban, pero cuando la vecina vio mi fotografía en la revista, supo de *quién* hablaba. Petra debió de hacer la misma lectura y me envió una carta feroz sobre mi deslealtad en la que se despidió contando que los «libros» de Søren estaban hechos chamusquina. Muchos años después, por el cuarto cumpleaños de su hija, nos reconciamos y en 1994, unos años después de la muerte de Petra, conseguimos adquirir toda la colección por mil trescientos euros gracias al apoyo de la beca Carlsberg en memoria del cervecero J. P. Jacobsen. Al final, no quemó los «libros».
- *La colección de libros de Evald Tang Kristensen.* Ese mismo año entablé negociaciones con el hijo de Kristensen, el exbibliotecario Johannes Evald Tang Kristensen, que en muchas ocasiones se había manifestado sobre cosas que, según él, tenían que ir a parar a la Folkemindesamling, pero noté que Johannes no tenía ganas de dejárnoslo todo sin llevarse un duro. Después de debatir el asunto en el colegio de archiveros, acordamos ofrecerle una cantidad a Johannes y viajé a Ålborg con mi esposa. Nos invitaron a una cena hecha por la novia de Johannes y fue una noche digna de recordar, pues también invitaron a la hija de Grüner Nielsen, que vivía cerca de Ålborg, en Vendsyssel. Johannes y ella no pararon de hablar de los viejos tiempos del Instituto y al día siguiente Johannes me mostró su biblioteca, donde estaba toda la colección de su padre junto con el manuscrito del homenaje a Evald Tang Kristensen, su llamado «Libro de honor», que también queríamos tener. Apparentemente, Johannes estaba satisfecho ante la perspectiva de poder recibir algo a

cambio de su colección. Fueron dos mil euros, muy por debajo de su valor, pero se trataba más bien de una cuestión de orgullo: no podíamos llevárnosla gratis.

- *Las fotografías del escritor Mads Lidgaard en sus libros sobre paisajes míticos daneses.* El contacto con este infatigable coleccionista comenzó en los años noventa, cuando revisó sistemáticamente nuestras notas sobre piedras míticas, árboles y fuentes sagradas, etcétera, antes de comenzar a viajar por toda Dinamarca para localizar y fotografiarlo todo. A través de los años, mantuve el contacto y, después de que se publicasen los libros, se le ocurrió de manera espontánea ceder sus miles de negativos a Dansk Folkemindesamling. Esto sucedió en 1997.

La historia de «la ola del milenio» se dio mientras fui archivero administrativo por primera vez, desde 1998 hasta principios de 2001. La mudanza había terminado y estábamos felices de volver a nuestro punto de partida, de volver a tener nuestra sede cerca de la Biblioteca Real y del centro de Copenhague. Lo único que nos preocupaba era la ubicación cerca del agua y con almacenes por debajo del nivel del mar. En las reuniones durante la construcción expresé mi inquietud, pero los peritos dijeron que el sótano era seguro y que lo único de lo que uno no se podía guarecer era de «la ola del milenio». Estábamos en el año 2000 y aquel otoño vino una tormenta del norte que elevó el nivel del agua dos metros. Me puse en contacto con el Instituto meteorológico de Dinamarca y me aseguraron que, si el viento hubiera sido del sur, el agua habría sobrepasado el malecón y se nos habría inundado el sótano. La ola del milenio ya no era una utopía, sino algo real, y, con la recomendación de los peritos, nos concedieron un millón de coronas para impermeabilizar el sótano de la Folkemindesamling.

4. EL PILAR Y EL ARCO

En 1982 recibí un libro con la siguiente dedicatoria en español: «Para Gustav, mi maestro y amigo, y también para Marisa, el pilar que lo sostiene». Era de mi antiguo ayudante Jaime Contreras, que había escrito su tesis doctoral sobre la Inquisición en Galicia. Por tanto, aunque ya he nombrado con anterioridad a mi esposa, mi biografía no quedaría completa sin hablar un poco más sobre ella.

Marisa llegó a Inglaterra en 1956 y solo tenía aprobado el bachillerato cuando nos casamos el año siguiente. Íbamos juntos a los cursos de Bødker y muchas veces me acompañaba durante el trabajo de campo en Dinamarca y, sobre todo, en Galicia, pues se le daba mejor que a mí observar lo que sucedía a nuestro alrededor, sobre todo cuando yo había encendido la grabadora y estaba ocupado entrevistando a los allí presentes. En España, donde no se podía entrar directamente de la nada, sino que se tenía que decir que se venía de parte de tal o de cual, la familia de Marisa y sus buenos contactos me dieron mucha alegría. Su tío, Javier Sánchez Cantón, era director del Museo del Prado, y otro familiar era miembro del CSIC. Gracias a los dos, se me abrieron todas las puertas, tanto en Madrid como en Galicia. Castillo de Lucas, el médico del Banco de España, donde trabajaba mi suegro, escribía artículos sobre medicina popular y gracias a él entré en el círculo folclorista de Madrid.

Al igual que a Niels, mi amigo de la infancia, a Marisa le interesaba la Historia, y eso contribuyó a abrirme los ojos ante esta dimensión existencial, sobre la cual, paradójicamente, terminaría escribiendo mi tesis. Después de que nuestra hija, la menor de los cuatro, empezase a ir a la guardería, Marisa tuvo más tiempo para cultivar su talento como investigadora, traductora y escritora. Esto último me benefició muchísimo en la publicación en Dinamarca de mi tesis doctoral (*Heksenes advokat* [El abogado de las brujas], 1981), pues lo trató con cariño y pulió pasajes complicados. Fue esta versión reducida la que tradujo al español y que después salió en sueco e italiano.

Casi todo lo que escribí lo leíamos y debatíamos entre las cuatro paredes de nuestro hogar antes de mandarlo a la imprenta, sobre todo los escritos en español, en los cuales Marisa ha sido mi traductora y mi consultora lingüística. Nuestras conversaciones solían tener lugar durante el desayuno, cuando los niños estaban en el colegio; lo llamábamos «universidad matutina». A medida que pasaron los años, las charlas giraron en torno a la investigación de Marisa, que acabó siendo un doctorado sobre los relatos fantásticos de Galicia. Este monográfico fue traducido y publicado en la distinguida serie internacional *Folklore Fellows' Communications* (1994, 1996). Ella misma creció con estos cuentos, pues en su casa de Madrid siempre habían tenido criadas gallegas. Las primeras noches después de habernos casado, como una nueva Sheherezade, me contaba todos los cuentos que recordaba.

5. CONCLUSIÓN

Permítanme terminar este relato de mi vida contando cómo mi esposa siguió mis huellas. En un cumpleaños celebrado no hace mucho, se sentó al lado de Kristian Hvidt. No se conocían de antes, pero cuando se dio cuenta de que era mi esposa le contó que yo, cuando era estudiante, había vivido en casa de su madre. No le contó nada del joven con barba, vaqueros y jersey islandés que aún no sabía lo que quería hacer con su vida, pero sí lo que se comentaba en la familia de cómo el matrimonio con la chica española había tenido una notable y beneficiosa influencia en mí, pues le había dado a mi vida un giro de ciento ochenta grados.